

LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL EN LA ARGENTINA *

Edgardo O. Garbulsky **

INTRODUCCIÓN

Al referirnos al desarrollo de la Antropología Social en la Argentina, se hace necesario partir de algunas reflexiones previas:

1) Su desenvolvimiento histórico, como el de otras disciplinas antropológicas, ha estado estrechamente vinculado con los procesos sociopolíticos del país, y muy especialmente con sus consecuencias en las instituciones donde se forman los antropólogos y se fomenta la investigación básica, es decir, las universidades y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

2) A diferencia de otras experiencias nacionales en América Latina, el centro de las actividades de la antropología argentina ha sido la Universidad, independientemente de que trabajen antropólogos sociales en instituciones estatales, tanto a nivel nacional, provincial y municipal (áreas de indigenismo, salud, vivienda, actividades agrarias, educación, etc.) y algunos pocos emprendimientos de grandes obras (como el Ente Binacional Yaciretá, formado entre Argentina y Paraguay para la concreción de una obra hidroeléctrica). Por otra parte, la Universidad ha orientado fundamentalmente su la-

* Versión corregida del trabajo inicialmente presentado en el Coloquio *Balance y Perspectiva de la Antropología en América Latina y el Caribe*, México, junio de 1990, por invitación del Comité Organizador del XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas. Un resumen del mismo se expuso en el Simposio que reproduce este volumen.

** *Edgardo O. Garbulsky*, Escuela de Antropología, Facultad de Ciencias y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

bor formativa y de investigación a problemas teóricos y de indagación empírica básicos, más que a una interrelación con los organismos estatales en estas disciplinas. Ello también tiene que ver con el papel que en determinadas épocas se pretendía y se pretende hacer jugar a la Universidad, y los recaudos que durante los períodos dictatoriales y en parte de sus interregnos, tomaron los poderes del Estado frente a las ciencias sociales. Como dijera Alberto Rex González en su discurso inaugural en el XXXVII^o Congreso Internacional de Americanistas:

Fue...la dictadura del 30 la primera en eliminar de sus cargos a los investigadores de las ciencias del hombre o de las ciencias afines. A partir de entonces no ha habido ninguna generación de estudiosos que haya escapado a la acción de los movimientos pendulares de nuestra onda política” (González, 1966: XL).

Reflexiones similares hace Bartolomé en relación a la época del proceso (dictadura militar 1976-1983) con respecto a la antropología, la sociología y la psicología, y también Torcuato Di Tella, 1980).

La migración por expulsión y condiciones sociopolíticas en las ciencias del hombre tiene sus orígenes en la década del 30. Fue la tierra mexicana la que acogió en su seno a uno de nuestros más ilustres intelectuales, Aníbal Ponce, A partir de la dictadura de Onganía en 1966, migran los jóvenes antropólogos y arqueólogos argentinos; hartos conocida es la presencia de profesionales de la disciplina en el Chile de Pinochet, en Venezuela, Brasil y México, en América Latina, y de otros que fueron a centros norteamericanos y europeos (España, Francia, Suecia, Inglaterra).

3) También nuestra experiencia diverge bastante de la chilena, donde se generaron iniciativas importantes de inserción de antropólogos en organizaciones no gubernamentales, con importantes subsidios externos y relación estrecha con movimientos sociales y comunitarios. Las experiencias argentinas no se cristalizaron en muchas organizaciones, favorecieron a grupos muy pequeños o que estaban insertos —también pocos— en entidades más grandes como el IDES (Instituto de Desarrollo Económico y Social), después de 1966 y hasta la fecha.

4) Si bien existen importantes investigaciones en este campo antes de 1976, y de niveles importantes, como explicitaremos más adelante, es a partir de 1983 que se produce una verdadera “explosión” de trabajos, lo que se refleja en la realización, en este período, de los Congresos Nacionales (1983 y 1986) y la inminente inauguración del tercero de 1990, y de dos

Congresos Argentinos de Antropología Rural (Olavarría 1985, Salta 1989); en la incorporación de becarios e investigadores al CONICET; en el incremento de la cantidad de subsidios; en la reapertura de carreras; en las reformas de planes de estudios con incremento de las asignaturas de la especialidad, etc. También en la inserción o búsqueda de espacios en ámbitos gubernamentales y no gubernamentales.

5) Si bien muchas problemáticas tomadas por los estudios antropológicos en nuestro país tienen relación, es con otras abordadas en países vecinos (especialmente en el Noroeste, Nordeste y Sur Argentino), el desarrollo teórico, las discontinuidades políticas e institucionales y los centros de interés actual de los antropólogos argentinos, difieren bastante de lo que ocurre en áreas próximas, lo que amerita su tratamiento como "caso" específico; por ello la referencia a los desarrollos en las naciones limítrofes será sólo marginal y de alguna manera con preponderancia en Chile, país donde el autor de estas líneas trabajó entre 1967 y 1973)¹.

6) El espacio reducido de una ponencia obliga a escoger —y, por tanto, a reducir— algunos hitos útiles para la reflexión. Uno de ellos es el tipo de análisis de la comunidad antropológica sobre el medio donde vive y su responsabilidad profesional, intelectual y vital en relación con él.

CRITERIOS DE PERIODIZACIÓN

Por lo señalado anteriormente, un intento de periodización de los últimos años de la disciplina en nuestro país, debe tener en cuenta la periodización real de los procesos sociopolíticos en Argentina. Teniendo en cuenta ello, iniciaremos nuestras observaciones con los antecedentes previos a 1966, fundamentalmente la constitución de las carreras de grado en Antropología en nuestro país. Una segunda comienza con el golpe de estado de 1966 y culmina con la ascensión al poder del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) con la fórmula Cámpora - Solano Lima, el 25 de mayo de 1973. Aquí se inicia una corta, intensa y controvertida etapa, que termina con el golpe militar del 24 de marzo de 1976. La sigue un cuarto período, que abarca la dictadura militar 1976-1983, y un quinto que entendemos vigente en la actualidad, iniciado con el advenimiento del gobierno constitucional del Dr. Raúl Alfonsín.

ANTECEDENTES PREVIOS A 1966

Si bien la primera cátedra de Antropología Social, en el sentido tradicional del término, se crea en la carrera de Sociología de la Universidad de

Buenos Aires, a comienzos de la década del 60 (a cargo del investigador norteamericano Ralph Beals), y en 1965 es aceptada su inclusión dentro del Departamento de Ciencias Antropológicas de la misma Universidad, las preocupaciones son anteriores. El desarrollo de la actividad en este campo estuvo muy vinculado con la formación de las licenciaturas de Antropología en La Plata (1958) y Buenos Aires (1959), con el profesorado y la licenciatura en Historia con Orientación Antropología en Rosario (1959), y con el desarrollo de las secciones de Antropología Cultural y Social en los Institutos de Antropología de Córdoba y Cuyo; estuvo influido además, por la creación de carreras de grado como Sociología y Psicología en la Universidad de Buenos Aires, y del Instituto de Planeamiento Regional y Urbano en la Universidad Nacional del Litoral, con sede en Rosario.

En las currículas —especialmente de las carreras de las Universidades de Buenos Aires y La Plata— predominaban discípulos de la escuela histórico-cultural, introducida en el país a través, sobre todo, de la figura de José Imbellóni, quien prácticamente dominó los centros de investigación de la disciplina entre 1936 y 1955².

En Rosario, la presencia motivadora de un arqueólogo como Alberto Rex González, entre 1954 y 1958 como Director del Instituto de Antropología, de un grupo de jóvenes egresados de la carrera de Historia que forman la base de los Institutos de Sociología, Antropología e Historia, y la constitución del IPRUL, bajo la dirección del Arq. Hardoy, hacen que en la orientación de la cátedra de Antropología Cultural y en las investigaciones concretas predomine una tendencia más moderna que incorpora tanto los aportes de la escuela norteamericana como del estructural-funcionalismo (en sus versiones británica y norteamericana). Era la época de la Alianza para el Progreso y el desarrollismo en política nacional por lo que resultó más que evidente la influencia de modelos como el de Redfield, Rostow, etc. En este aspecto, es significativo el título del Proyecto Interdisciplinario (que congregó a arqueólogos, antropólogos socioculturales, sociólogos, historiadores, demógrafos y geógrafos): “Estudios del Área del Valle de Santa María” —siguiendo el modelo de Steward— y el de la publicación fundamental de antropólogos y sociólogos: “Tradicionalismo y Cambio Social”, donde se afirma:

“...planeamos la investigación en torno a una hipótesis central: Sociedad conservadora y tradicional con resistencia al cambio en los grupos dominantes y conformismo en los grupos dependientes” (Meister, Petruzzi, Sonzogni, 1963: 15-16).

Pero, si bien estas concepciones también se abren paso en Buenos Aires,

es hegemónica —no sin disputa— la corriente histórico-cultural. Retirado Imbelloni a la Universidad del Salvador, son Vivante, Martínez Soler y sobre todo Bórmida quienes van a retomar y remozar las banderas de una etnología que hasta entonces era escasa, discontinua y teórica. El esquema apriionaba también a las otras disciplinas antropológicas; encontraba ya una profunda resistencia en Arqueología, a través de perspectivas como las de González, Krapovickas y sus discípulos, pero enseñoreaba en el Folklore y tenía un peso importante en Antropología Física (Sociedad Científica Argentina, 1985, X: 27-28).

Como lo señalara con justeza Eduardo Menéndez:

“Diversos factores contribuyeron a su tardío desarrollo [el de la antropología social, EOG] no sólo dentro del campo de las disciplinas histórico-sociales, sino de las propias ciencias antropológicas. Algunos de estos factores pueden ser referidos al temprano y dominante desarrollo de las orientaciones geotemporales, sobre las históricas y estructurales, que dieron lugar a un desproporcionado crecimiento de las disciplinas arqueológicas en detrimento de las otras ciencias socio-culturales. Esta situación favoreció la incorporación de determinadas corrientes teóricas, en especial las constituidas en Alemania y secundariamente en Francia e Italia entre 1900 y 1930 (histórico-culturales, morfoculturales, fenomenológicas) que condujeron exclusivamente a abordar ciertos objetos y problemáticas, que marginalizaron los que ulteriormente constituyeron los objetos de la antropología social. Creemos que el elemento más deformador fue el que privilegió una perspectiva reconstructiva y universalista, a través de la elección de problemáticas que eran *calcadas* de las propuestas en los centros científicos metropolitanos, pero que muy poco tenían que ver con las problemáticas a establecer desde una perspectiva nacional y latinoamericana” (Menéndez 1968: 48-49).³

En este sentido, rectifico por apresurada la crítica que efectué a esta formulación de Menéndez en un trabajo publicado en Chile (Garbulsky 1972: 13-14). Cabría reflexionar, sin embargo, por qué a partir de esos centros metropolitanos no se generaban en esa época problemáticas que tuvieran que ver con las perspectivas latinoamericanas, mientras otros centros metropolitanos sí las generaron y contribuyeron financieramente a su desarrollo. En la Argentina en este período, pero en otros países de América Latina mucho antes: baste recorrer las páginas de *Acta Americana* desde 1943 a 1946, o es-

cuchar los relatos de otros países. Esto implica reflexionar también sobre la tardía influencia de los Estados Unidos en las ciencias sociales de nuestro país —que no puede deducirse mecánicamente de la pugna por la hegemonía imperial en la Argentina de la década del 30 entre Inglaterra, Estados Unidos y Alemania— y el carácter marginal de los estudios sociales en nuestro país en la época anterior a 1957, tras una etapa fundacional importante que acompaña a la Generación del '80 y se prolonga hasta la muerte de José Ingenieros.

Eduardo Menéndez destaca que en la década del cuarenta se inicia un abordaje a “problemáticas no tradicionales, aun dentro de los grupos marginales (indígenas, folk), pero cuya trayectoria y consecuencias fueron cortas y escasas” (Menéndez, 1968:49).

Las raíces de esa escasez e inconsecuencia deben encontrarse no sólo en la situación marginal del desarrollo de las ciencias del hombre, sino también en las concepciones teóricas predominantes, que por una parte restringían los estudios de nuestras disciplinas a los pueblos no integrantes de la tradición europea y, por la otra, negaban o consideraban insignificante su presencia en nuestro país. Así, no tenemos prácticamente una etnología con formación de recursos científicos nacionales, con trabajos de campo intensivos, en profundidad y además extendidos en el tiempo. Se había desaprovechado la labor de Métraux, Henry y Gusinde, y la generación de los inicios de los cuarenta lo justificaba en las palabras de María de las Mercedes Constanzó: “Considerando la antropología en sus diversos aspectos, es menester reconocer que cuenta con menos adeptos que otras ramas de la investigación. Ya se ha dicho que el *objeto de ella está constituido por el elemento autóctono*. Éste ha ido desapareciendo o perdiéndose por mestización y sólo se conservan algunas parcialidades más o menos puras en el Chaco y en La Puna. Por ello las actividades en el terreno están un tanto circunscriptas”. Y agrega más adelante: “...la etnografía de los pueblos actuales, como se ha dicho más arriba, ha debido limitarse a los indios chaqueños” (Constanzó, 1943: 332-333 y 334) [lo subrayado en la cita es mío, EOG].

El desarrollo de temáticas “no tradicionales” se enfocaba con ópticas políticas y teóricas de un fuerte color discriminatorio en los años 1946 y 1947, a los que se refiere Menéndez. Ese mismo 1946 —en que asume la presidencia constitucional Juan Domingo Perón— se crea el Instituto Étnico Nacional. La misma comentarista Constanzó varía su discurso sobre el “objeto”. Ahora se trata de la “población” y “su calidad y cantidad”. “Se debe saber concretamente qué clase de pueblo se tiene en el país, determinando su aspecto racial, social, cultural, etc.” (Constanzó, 1946:154).

Se trata, en forma expresa, de una suerte de antropología aplicada, de

justificar una política de migración discriminatoria determinada, ya que el Director del Instituto, Santiago Peralta, era al mismo tiempo Director de Migraciones. El carácter ideológico del proyecto puede deducirse de la lectura del mismo, en el que nos encontramos, al referirse a su función específica, perlas como las siguientes:

“...Formación del pueblo de la nación y preparación de los planes para solucionar todo lo concerniente al problema ‘pueblo argentino’”
“...Por medio de la cultura y el ejército esparcir y arraigar la cultura propia, formando mentalidad propia”.

Antropólogos como Constanzó aplauden esta iniciativa (Constanzó, 1946: 154-160). Y el ‘teórico’ Imbelloni avala estos pensamientos, en su extenso trabajo “La formación racial argentina. Se reanuda la inmigración”, afirmando, entre otras cosas, que: “...un pueblo y cada uno de sus sectores son ante todo, la apariencia externa de los íntimos e incesantes ‘conflictos y armonías’ de razas y de culturas...” (Imbelloni, 1947: 308).

Esta inclusión de los antropólogos en la política del Estado, por suerte es efímera en ese período: el Instituto languidece y desaparece. Pero vemos reaparecer en otras épocas, como durante el proceso militar 1976-1983, algunas voces —pocas, en honor a nuestra comunidad científica— que enfocaban lo poblacional en el mismo sentido de la “geopolítica” y negaban la identidad de las etnias indígenas. Son los mismos que reprochan a la antropología social naciente, ser “ahistórica” o que, como Califano, plantean su falta de “tradicición” (Califano, 1985:8).

Pero la pugna entre corrientes, en nuestro caso, no puede reducirse, como lo pretende Piscitelli, a un conflicto entre un paradigma sostenido por los cultores de la escuela histórico-cultural y su continuidad fenomenológica, por una parte, y los adeptos a un enfoque estructural - funcionalista, “social” “psicologista” o “culturalista”, por la otra.

Este reduccionismo epistemológico es un corte arbitrario que no tiene en cuenta que la tradición académica y la penetración de las corrientes de diversos centros metropolitanos es mediatizada, resignificada, teniendo en cuenta los procesos históricos concretos que el país vive, y como la multifacética red de acontecimientos influye sobre la comunidad académica, y especialmente en aquellos que constituyen la primera generación de antropólogos con título específico formados en el país.

Para aquella época de comienzos de los '60, el escenario estaba convulsionado: el gobierno que había asumido en unas elecciones donde una fuer-

za política importante como el peronismo fue proscripta, que lleva un programa político-social de reformas estructurales, a poco andar encara una política de ajuste y de integración en el mundo económico que provoca huelgas en los ámbitos públicos y privados que son reprimidas; en el mismo año de su asunción, promueve una ley universitaria que permitirá la existencia de universidades privadas que otorguen títulos habilitantes, lo que genera un movimiento de opinión opositora que incluye a las autoridades, los docentes y los estudiantes universitarios. En poco tiempo, luego de abstenerse en la votación de la OEA que excluía a Cuba de la misma, acata la decisión del organismo y rompe relaciones con el gobierno de Fidel Castro; realiza elecciones de renovación de gobernadores donde gana el peronismo y luego las anula, y es finalmente derrotado por un golpe militar que instaura un gobierno pseudo-institucional que dos años después llama a elecciones, con proscripciones nuevamente, donde triunfa, con poco más del 20 % de los votos, el candidato radical, Dr. Illia. A poco de constituirse su gobierno, se forman las primeras guerrillas rurales en nuestro país, en Salta, donde muere un estudiante de antropología. Respetuoso el gobierno de la autonomía universitaria, ésta sin embargo se ve cuestionada por dificultades presupuestarias y por una campaña macartista de los medios, auxiliada por la acción terrorista de bandas de ultraderecha y la actividad de los servicios de informaciones. Un ejemplo clásico de esto último fue el secuestro de una película semidocumental, *Los Cuarenta Cuartos*, efectuada por el Instituto de Cinematografía de la Universidad Nacional del Litoral, y dirigida por Fernando Birri.

La nueva generación empieza a buscar respuestas teóricas: una parte importante de ella inicia un estudio no curricular —aunque se plantee en algunos programas— del marxismo, el psicoanálisis; autores de los movimientos de liberación de los países del Tercer Mundo, como Fanon, indagan en el carácter del movimiento peronista y contactan no sólo con los hombres y mujeres cuya realidad social los golpea en trabajos en zonas rurales y urbanas, sino también con intelectuales que, desde otros campos, están tratando de interpretar —de manera autocrítica— este movimiento, como una parte del grupo “Contorno” proveniente de la literatura y la filosofía (David Viñas, Rozicher, Adolfo Prieto). Lévi-Strauss es traducido por EUDEBA, a partir de la influencia de Verón. Se redescubre toda una literatura antropológica y sociológica que, desde la década del cuarenta, una editorial promueve a través del director de su colección, Gregorio Weinberg (Morgan, Boas, Hubert y Mauss, Lévi-Strauss, Gordon Childe...).

Aquellos jóvenes realizan un Congreso de Estudiantes en 1961, donde

además de tratar sus planes de estudio, dictan comunicaciones de arqueología, folklore, antropología cultural, etc., y resuelven unirse, constituyendo una "Organización Nacional de Estudiantes de Antropología", puesto que "...los estudiantes argentinos quieren dar a través de este organismo un ejemplo de cohesión, tanto de fines como de medios, constituyendo lo que para ciertos prejuicios existentes sería poco probable" (Iº Congreso Nacional de Estudiantes, 1961).

Esa referencia a los "prejuicios" estaba destinada a las estructuras académicas, donde prácticamente no se habían realizado jornadas amplias de discusión desde comienzos de la década del 40, lo que generó iniciativas que culminaron en 1964 con la Iª Convención Nacional de Antropología (Carlos Paz, 1964) y su combinación en 1965 (Iª Convención Nacional de Antropología, 2ª Parte, Resistencia, Chaco). En esta última reunión se trató por primera vez en una sesión abierta, aunque en forma trunca, la problemática de la antropología social en la Argentina. En forma trunca, porque determinados intereses académicos modificaron un temario amplio aprobado por todos y redujeron los problemas a los indígenas del Nordeste y al estudio de la comunidad "folk". Ambos temas estaban vinculados, por la óptica que se les imprimió, a la inserción de un grupo con poder institucional en el proyecto del Ier. Censo Indígena Nacional, dado que la reunión se clausuró con un discurso del Ministro del Interior anunciando su realización, la que no se efectivizó hasta 1968, con el gobierno militar.

Años después, en *Actualidad Antropológica* aparece un editorial titulado "Antropología Social, aquí y ahora", donde se señala:

"...la disciplina ensancha su área de trabajo a través de la actividad de diversos investigadores y supera sus primeras formulaciones al reconocer la historicidad de su objeto y enfocarlo, como el historiador social, como un acontecimiento dentro de una estructura, sujeto a la dinámica del devenir histórico" (*Actualidad Antropológica*, 1968:3).

Ese mismo número de la revista menciona diversos trabajos y proyectos, entre otros de Eduardo Menéndez, Santiago Bilbao, María Esther Hermitte, José Cruz, Susana Petruzzi, Irma Antognazzi, María Luisa Arocena, Mirtha Lischetti, Cristina Soruco, Renée Di Pardo, Miguel H. González, Hugo Rattier, Pablo Aznar, Edgardo Garbulsky, Lube Roitman, etc. ¿Cuáles eran los temas? Seguimos al respecto el trabajo de Menéndez ya citado, y encontramos: análisis de la estructura social de una villa de emergencia en San Ni-

colás (Pcia. de Buenos Aires) (Arocena); estudio de migraciones internas en el área de obrajes de Santiago del Estero y el Chaco (Bilbao); estudios de comunidades en Catamarca (Cruz y col.; Hermitte y col.) y en Salta (González *et al*), de contactos socioculturales en comunidades indígenas (Neufeld, Antognazzi *et al.*); migrantes europeos en Entre Ríos (Di Pardo, Menéndez, Hellwig); factores socioculturales en las migraciones internas (Ratier), etc.

El autor —cronista— señala la heterogeneidad en las orientaciones y efectúa críticas teóricas y metodológicas: sin embargo, creo importante transcribir lo que considera tienen en común:

“Una orientación [...] tratar problemas y objetivos centrados en el ‘aquí y ahora’ con una perspectiva regional y/o nacional y una dimensión etnohistórica, frente a la perspectiva geotemporal y universalista de las corrientes anteriores... mayor concientización de la ‘perspectiva científica’ frente al impresionismo y el personalismo tradicionales; proyección de la disciplina sobre grupos no solamente marginales sino integrados y participantes en áreas regionales y nacionales y el paulatino acceso a la ‘antropología urbana’, lo cual implica la superación del tradicional y deformador planteo comunitario aislado” (Menéndez, 1968:50).

Asimismo, este período es el de la constitución de las asociaciones científicas en el interior, como las de Córdoba, Cuyo y el Litoral, y del Colegio de Graduados en Antropología en Buenos Aires. De las asociaciones regionales, la que subsiste es la de Cuyo. También en esa época, el Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas pasa a llamarse Instituto Nacional de Antropología.

Un centro importante luego —sobre todo para la difusión de la labor de las ciencias antropológicas entre los mismos investigadores, y de coordinación de esfuerzos— es el Museo Etnográfico Municipal “Dámaso Arce” de Olavarría, inaugurado en 1963, en cuya ocasión se realizó una mesa redonda que congregó a la mayoría de los directores de institutos, carreras y museos y los investigadores de primera línea de entonces (Casanova, Cigliano, Cruz, González, Krapovickas), donde se debatieron problemas y métodos de la antropología y se acordó llevar el debate al nivel nacional mediante la Convención ya citada más arriba. En 1967 ese Museo publica la revista *Etnia*, de notable continuidad en el tiempo (sólo interrumpida entre 1977 y 1984, es decir, durante la última dictadura militar). Su primer director fue Enri-

que Palavecino, a quien sucedió Guillermo Madrazo. El papel de esta publicación, por el pluralismo con que abrió sus páginas, como así también las de su suplemento (*Actualidad Antropológica*), es de gran importancia, sobre todo en los períodos en que ese clima de pluralidad no existía en nuestras universidades.

DE ONGANÍA A CÁMPORA (1966-1973)

El 28 de junio de 1966 es derrocado el gobierno constitucional del Dr. Arturo Illia y asume el gobierno el Tte. Gral. Juan Carlos Onganía. Las universidades son avasalladas en su autonomía; el 29 de julio del mismo año son desalojados estudiantes, docentes y autoridades de la Facultad de Ciencias Exactas de Buenos Aires, quienes son golpeados por bastones policiales. Ello y otras medidas similares provocan una reacción en el conjunto de la intelectualidad argentina, a la que no es ajena nuestra comunidad antropológica. Se producen renunciaciones masivas del personal docente auxiliar en la Universidad de Buenos Aires (Facultad de Filosofía y Letras); en la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario, lo hacen el Director del Instituto, la mayoría de los docentes titulares y la casi totalidad de los auxiliares graduados y alumnos; en Córdoba, son exonerados el Director del Instituto y varios profesores, etc.

En ese clima, se efectiviza el XXXVII Congreso Internacional de Americanistas, en setiembre de 1966 en Mar del Plata. Éste, donde por primera vez participan estudiantes, remozando la tradición de estos eventos, es una caja de resonancia de la situación universitaria con repercusiones internacionales. Se firman declaraciones, se hacen planteos en los plenarios y Alberto Rex González, como presidente del Congreso, hace una valiente pieza oratoria en la sesión inaugural, mientras los "servicios" pululaban en los pasillos y en otros grandes espacios del Hotel Provincial, sede de la reunión. Pero también fue ese el lugar de los contactos con especialistas de otros países donde se ofrecían fuentes de trabajo.

Chile y Venezuela son polos de atracción para historiadores, sociólogos, economistas, antropólogos. En el primero de esos países, la existencia de la entonces sede más importante de FLACSO y de diversos organismos dependientes de la OEA y las Naciones Unidas, significa una atracción muy importante; además, sociólogos y antropólogos argentinos contribuyen a fortalecer las carreras de Sociología en Concepción y Santiago y la naciente licenciatura en Antropología de la primera. En el campo de la antropología socio-cultural podemos mencionar los nombres de Aznar, Batallán, Petruzzi,

Rivera de Bianchi, Garbulsky, Najenson, Héctor Vázquez. La revista *Rehue* (Instituto de Antropología de la Universidad de Concepción) recoge en su corta vida (cuatro números entre 1968 y 1972) diversos artículos sobre temas argentinos. La contribución argentina a la formación de los antropólogos chilenos es mencionada, entre otros, por Berdichewsky (1979) y Arnold (1986). En Venezuela, podemos mencionar a Bilbao, Cruz y Strozzi.

Mientras tanto, ¿cuál es el panorama en las universidades argentinas? Se consolidan las tendencias tradicionales en la Universidad de Buenos Aires; Marcelo Bórmida, continuador de la escuela histórico-cultural primero y luego formador de una corriente fenomenológica, ocupa los cargos directivos más relevantes en las tres áreas en que se divide el poder académico en el campo antropológico en esta universidad (Instituto, Departamento y Museo Etnográfico), además de alcanzar a presidir la Comisión Asesora de Antropología e Historia del CONICET. Forma discípulos.

En Rosario, como consecuencia de las renunciadas de 1966, se produce un desgranamiento, tras el intento de formar un Instituto, en el Centro de Estudios en Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre, entidad que agrupaba a los renunciados. Unos pocos egresados migran al exterior: otros (la mayoría) abandonan la antropología y se dedican a la enseñanza media u otro tipo de actividades. A poco andar, en la Facultad se crea la licenciatura en Antropología (1968) y un plan reformado (en 1970) de carácter ecléctico; es marginal la presencia de la antropología social en la Universidad: precisamente las asignaturas vinculadas con ella y con la etnología son ocupadas por epígonos de la escuela imbelloniana, o por gente sin formación específica. El área arqueológica languidece. Sin embargo, no debemos dejar de reconocer el hecho de que, a través de la figura del Dr. Germán Fernández Guizzetti, se desarrolla una importante producción en el campo de la etnolingüística. En la concepción teórica y metodológica de Fernández Guizzetti influyó mucho el pensamiento de David Bidney y comenzó a formar un grupo de discípulos en el estudio de diversas lenguas indígenas (guaraní, toba, quechua, mapuche).

A fines del período se gestan carreras de Antropología Social en Mar del Plata —bajo la inspiración, entre otros, de Eduardo Menéndez y María Rosa Neufeld— y Salta. En Córdoba se destacan las figuras de Luis M. Gatti e Iván Baigorria, y de Beatriz Alasia —quien trabaja desde hace varios años en el Brasil— en el área de la antropología rural.

A través del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), María Esther Hermitte forma equipos en antropología y salud; también dirige y participa en investigaciones en comunidades rurales, colaborando con ella

Carlos Herrán. La línea de estudio del campesinado continúa y se destacará más en el período posterior. En estos años, merecen mencionarse en dicho campo los trabajos de Hugo Ratier y Santiago Bilbao. La inserción de Bilbao en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) le permite participar en una importante experiencia del movimiento de los obreros de ingenios tucumanos —empresas cerradas a raíz de la política económica de Onganía— que culmina en la conformación de la cooperativa de Trabajo de Campo Herrera, genuina entidad solidaria de cooperación agraria. Esta actividad de Bilbao le costará ser detenido y puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional durante la dictadura de Videla.

Hugo Ratier produce dos obras de gran tirada: *Villeros y villas miseria* y *El cabecita negra*, publicadas por el Centro Editor de América Latina. Sobre este material, señaló:

“Se trata de trabajos de divulgación en los que volqué [...] datos de mis propias investigaciones, y de las de otras personas, antropólogos o no. Ambos libros tuvieron gran difusión, fueron discutidos y utilizados, inclusive por los propios villeros. También fueron prohibidos y quemados públicamente por personeros de los regímenes autoritarios, lo que considero un gran honor [...] lo más importante es su repercusión popular, pues me permitió alcanzar el ideal de la devolución de la investigación científica, a aquellos que otros enfoques consideran apenas materia prima de la misma” (Ratier 1974:8).

El tema del compromiso aparece en estos dos ejemplos, el de Bilbao y el de Raiter. En la realidad argentina se habían producido una serie de acontecimientos. La política de la dictadura de Onganía, de favorecer la concentración del poder económico, por un lado, y la represión política e ideológica, por el otro, generaron importantes movimientos de protesta en el campo y la ciudad, cuyos centros más notorios fueron el “rosariazo” y el “cordobazo”. El contexto de luchas en América Latina contra las dictaduras militares (Brasil, Paraguay, Argentina, Bolivia), y la presencia y la muerte de Guevara en Bolivia, los ecos de los acontecimientos de mayo de 1968 en el nivel estudiantil, la matanza de Tlatelolco, la formación y el triunfo de la Unidad Popular de Chile, etc., repercutieron en la agitación universitaria y en la reflexión de una parte de los científicos sociales y de los estudiantes que se estaban formando.

La indagación no tradicional de problemáticas tradicionales y nuevas,

unida a la aparición de corrientes ideológicas cristianas y populistas, introduce otra corriente, que tiende a expresarse en publicaciones como *Antropología Tercer Mundo*, donde escriben antropólogos y no antropólogos (Eggers Lan, Gutiérrez, O'Farrell, Podetti, etc.). Estas ideas van a tener importante influencia en la vida académica 1973/75.

También es el momento en el que Mario Margulis desarrolla sus trabajos sobre marginalidad y cultura popular.

En el seno de la Universidad, se diferencia de las posturas bormidianas Ciro René Lafón, de la UBA, proveniente de la arqueología, quien dirige un Seminario —antes de 1966— sobre cambios culturales en la Quebrada de Humahuaca, y orienta posteriormente las investigaciones hacia un campo intermedio entre el folklore y la antropología sociocultural, tratando de establecer una antropología regional argentina.

Se efectúa también el Censo Indígena Nacional promovido por un psicólogo entusiasta del indigenismo, Edelmi Griva. El Censo es controlado luego por una Comisión donde la dirección del Instituto Nacional de Antropología, en la persona del Dr. Julián Cáceres Freyre, juega su papel. Restringido a provincias del Nordeste, de Buenos Aires, norte de Santa Fe y el Sur —y sin tener en cuenta todo el Noroeste por considerarlo “mestizo”, ni los grandes conglomerados urbanos, sirvió para poco, como muestra de criterios sustancialistas y de entender una categoría tradicional de “indio”, salvo en algunas monografías incluidas en el material.

DE CÁMPORA A VIDELA (1973-1976)

El triunfo del FREJULI en las elecciones abrió en la sociedad argentina, y en una parte importante de su intelectualidad y su estudiantado, determinadas creencias en perspectivas de desarrollo de las ciencias al servicio de un proyecto de “reconstrucción y liberación nacional”. La existente antropología tradicional parece tambalearse y hacer agua frente a los embates de la nueva generación (y algunos no tan nuevos).

A pesar de no coincidir con Leopoldo Bartolomé, cuando juzga algunas de estas tendencias con calificativos como “la antropología del dulce de leche”, y tratando de entender que la reacción frente a una antropología, “construida a espaldas del pueblo, incapaz siquiera de servir instrumentalmente a las clases dominantes... (Ratier, 1974:17) llevó a la necesidad de marcar más al servicio de quiénes y para qué se hace antropología, es evidente que sobre todo en determinados medios académicos se tiraba no sólo el agua sucia de la bañera, sino también a la criatura. A la antropología —y aquí se

englobaban todas sus disciplinas— la ven unos, desde afuera, como “ciencia subversiva”; otros, como creación del imperialismo. Y se dictaminan destinos apocalípticos para sus ramas. Así, para Blas Alberti:

“...la etnografía carece de sentido en un mundo en el cual los indígenas han dejado de ser tales para transformarse, por obra de la integración en la producción capitalista colonial o semicolonial, en el sector más explotado del proletariado rural; y la antropología física quedaría mejor ubicada como un auxiliar de la medicina...” (Alberti, 1974:13).

A pesar de lo corto del proceso —donde Ezeiza primero, la muerte de Perón y la hegemonía del lopezrreguismo y la derecha en el gobierno de María Estela Martínez luego, con el accionar de las bandas de la Triple A y las condiciones policiales en varias universidades, signan un después que se hace terrible en marzo de 1976—, y de estas actitudes infantiles frente a la relación ciencia/realidad, ciencia/política, el período no es estéril ni en realizaciones, ni sobre todo en nuclear ideas para desarrollar proyectos.

Así, los trabajos de antropología rural de Hermitte, Herrán, Archetti y Stölen —estos dos últimos introducen a Chayanov en el análisis teórico de las clases agrarias en la Argentina—, el desarrollo del área de salud y familia (Minuchin de Itzigsohn, Moreno, Piña), los estudios de movimientos campesinos (Leopoldo Bartolomé), la inserción de Gatti en Salta, la recuperación de algunos de los argentinos que trabajamos en Chile, permitían suponer una reorientación que con el tiempo podría haber dado sus frutos. También, con nuevas orientaciones en cuanto a la temática tradicional. En ese contexto, se efectúan en Salta, en el marco del III Congreso Nacional de Arqueología (mayo de 1974), la mesa redonda sobre “Estados y Perspectivas de la antropología social en la Argentina”, coordinada por Edgardo Garbulsky, de la que surge una mesa nacional provisoria coordinadora de Antropología Sociocultural, integrada por L. Bartolomé, L. M. Gatti, Lube Roitman, G. Ruben y L. Fernández, con el objeto de “responder a la necesidad de vincular a los antropólogos sociales, coordinar sus tareas, promover el ejercicio de la profesión y la ampliación del campo laboral, enfrentar problemas teóricos fundamentales, intercambiar información, etc.” y realizar un Encuentro de Antropología Social, que no se efectivizó por las condiciones en que se encontraban las universidades argentinas.

Ya el Congreso de Arqueología antes citado fue objeto de una campaña maccartista a través de publicaciones como *El Caudillo*. Luego del falleci-

miento de J. D. Perón, se produce entre setiembre de 1974 y marzo de 1976 un acelerado proceso de copamiento y destrucción de la vida universitaria por parte de elementos de ultraderecha; la intervención a la UBA y el cierre temporario de su carrera, purgas de docentes y directivos de esa Universidad, La Plata, Comahue, Salta y Sur; anónimos y atentados en Rosario para provocar la renuncia de antropólogos, historiadores, etc.³, y todo ello en un marco general de desapariciones, secuestros, torturas, muertos, que prefigurarán el genocidio de los años 1976/83.

En 1973, el núcleo bormidiano crea un Centro Argentino de Etnología Americana (CAEA) de carácter privado, pero con auspicio del CONICET, y su publicación, *Scripta Ethnologica*. A pesar de que a partir de 1976 este grupo pasa a ocupar lugares de relevancia y poder en la estructura académica estatal, sigue desarrollando su actividad fundamental en dicho centro. Allí se destaca entre otros, además del maestro, fallecido en 1977, Fernando Pagés Larraya (un "psiquiatra transcultural" que sostiene que "el psiquiatra será el nuevo etnógrafo de las sociedades urbanas" (Califano, 1985 b: 216) y considera en común entre ambas disciplinas el "mundo irracional". Pagés se orienta, desde el punto de vista teórico, en conceptos de hombre y cultura en la óptica heideggeriana; le sucede en la dirección del CAEA el Dr. Mario Califano.

También se desplazan, en este concepto, las autoridades y docentes de la licenciatura en Antropología en Mar del Plata, carrera que lamentablemente no pudo ser reabierta con posterioridad a 1983.

EL "PROCESO" O DE VIDELA A BIGNONE (1976-1983)

Instaurada la dictadura, en 24 de marzo de 1976, pareciera que se coloca una lápida sobre las ciencias sociales argentinas. Exoneraciones masivas en el CONICET y en las universidades, cierre oficial u oficioso de las carreras de Rosario, Mar del Plata, Salta; detención prolongada de colegas (Bilbao, Isla Grimberg, etc.), desaparición de otros. Antropólogos y estudiantes de antropología integraron también su cuota en el caudal de vidas humanas tronchadas, destruidas, postergadas, excluidas, exiliadas externa o internamente... y desaparecidos. La sociología pasa a postgrado, y la reforma del plan en la Universidad de Buenos Aires —donde Califano y otros trataron de cerrar la carrera— incluyó un conjunto de materias mayoritariamente no antropológicas.

Son México y Brasil, en América Latina, los países que ofrecieron mejores posibilidades académicas a nuestros investigadores. También Venezuela.

En el país se puede decir que con excepción de la Universidad Nacional de Misiones, no hubo centro universitario que no estuviera afectado —en nuestra disciplina— por la acción de la dictadura.

Además del IDES —que mantuvo una labor docente y de promoción de la investigación a través de Esther Hermitte—, debemos tener en cuenta el trabajo en defensa de la profesión y de las carreras universitarias que efectuó el Colegio de Graduados en Antropología bajo la dirección de Cristina Soruco y luego de Marcelo Álvarez, que sacaron a la entidad de un tradicional aislamiento y la vincularon con la Confederación General de Profesionales. El boletín del Colegio cumplió en esos años objetivos muy importantes de comunicación, difusión de trabajos y encuentros.

En Rosario, transcurre un tiempo y en 1981 —luego de la experiencia de charlas, cursos y conferencias— se organiza la Sociedad de Antropología de Rosario (luego Asociación) que, nucleando a los antropólogos del medio, organiza dos jornadas de análisis de la problemática antropológica, con participación de especialistas de distintos lugares del país, edita un boletín e incluso una publicación de artículos científicos: los *Cuadernos* de la Sociedad. Fue esta entidad —que mantenía sólidos lazos con el Colegio— el motor de la reapertura de la carrera, objetivo que se logra en 1984.

Debemos destacar como actividades colectivas, las Primeras Jornadas Interdisciplinarias sobre las Ciencias y la Salud (1982), las Jornadas de 25 años de las Ciencias Sociales en Argentina, generadas por el Colegio en colaboración con otras entidades profesionales, el debate sobre “Antecedentes, actualidad y perspectivas de la Antropología en Argentina (1983), organizado por un grupo de lectura y discusión del Centro de Antropología Social del IDES. En el mismo se destacaron: a) falta de capacitación del egresado; b) no institucionalización del rol; c) un núcleo de trabajos bien intencionados pero aislados (Hermitte); se efectuó también una dura crítica a la “antropología oficial” (Cordeu).

En 1983, por último, se efectúa el Ier. Congreso Argentino de Antropología Social, en Posadas, Misiones, donde se trabajaron las siguientes áreas: Antropología Urbana, Estudios Rurales y Regionales, Antropología y Salud, Rol del Antropólogo Social y Relaciones Interétnicas.

EL PERÍODO ACTUAL

En el proceso que lleva a la elección del Dr. Raúl Alfonsín, se abrieron un conjunto de perspectivas en el desarrollo de las ciencias antropológicas en general, y en especial de la Antropología Sociocultural.

En lo institucional, se evidenció sobre todo en el CONICET, con la política de reincorporación y de búsqueda, para su reinserción, de investigadores residentes en el exterior; el aumento considerable de becas y cargos de carrera e incluso la participación importante de antropólogos sociales en sus comisiones y, al final del gobierno radical, en el Directorio; como así también los subsidios para investigaciones que se efectuaban en el seno de universidades.

En estas últimas instituciones se reabrieron las carreras de Rosario y Salta y se crearon otras nuevas, en Jujuy y Olavarría. En el área de la Secretaría de Cultura de la Nación, se crea la Dirección Nacional de Antropología y Folklore y se mejora y moderniza en forma importante la actividad del Instituto Nacional de Antropología.

En materia de publicaciones, se dinamiza *RUNA* de la UBA; reaparecen *Etnia y Actualidad Antropológica*; la Universidad de Luján edita su revista de antropología social y salen publicaciones no periódicas en Rosario (*Cuadernos de la Escuela de Antropología*) y en las diversas secciones del Instituto de Ciencias Antropológicas de la UBA.

También editoriales como CEAL, el IDES, EUDEBA, Búsqueda, editan libros con trabajos en la especialidad.

El Iº Congreso Argentino de Antropología Social, efectuado en Buenos Aires en 1986, convoca a más de 2.000 personas entre investigadores, graduados y estudiantes, evidenciándose una apertura mayor en temáticas, que sumadas a las que se plantearon en Misiones, incluyeron Cultura Popular e Ideología, Antropología y Salud, Clase Obrera, Antropología Visual, etc.

Se forman y se fortifican cátedras y secciones de Antropología Sociocultural en las universidades que no poseen carreras, como Luján, Córdoba, Cuyo. Antropólogos participan en forma directa, o a través de sus instituciones, en debates alrededor de la ley indígena y las leyes provinciales.

Nuevas generaciones de antropólogos se incorporan a las tareas de docencia, investigación y extensión. En los primeros años de gobierno constitucional, se abrieron posibilidades de inserción laboral en organismos del Estado, sobre todo provinciales o en determinadas regiones. Sin embargo, la demanda es muy inferior a la oferta.

La reapertura y la creación de carreras y la eliminación de los cupos, implicaron entre los años 1984 y 1987 un vertiginoso crecimiento de la matrícula en la disciplina. Este proceso ha sufrido un estancamiento, debido a la acentuación de la crisis económica del país, que ha implicado un empobrecimiento de capas y sectores medios de donde proviene la mayoría de

los estudiantes de ciencias sociales; al encarecimiento del material de estudio y las bibliotecas obsoletas, o en todo caso con reducido número de ejemplares de obras nuevas; a la falta de presupuesto para la práctica; a los planes de estudio no coordinados entre sí en el nivel nacional; a los paros docentes en relación con demandas salariales, etc.

Para el joven graduado, las perspectivas actuales no son buenas, debido a que por la emergencia en la política económica, se congela y restringe la planta de la administración pública en sus distintos niveles; funciones que corresponderían a antropólogos son ocupadas por otros profesionales, etc. Se demora burocráticamente la sanción de una ley de incumbencias. La participación en las entidades gremiales —a partir de la instauración de los gobiernos constitucionales— ha ido decreciendo: prácticamente las asociaciones gremiales del interior han dejado de funcionar.

Tengo la impresión —hay quienes, dirigidos por Félix Schuster, están investigando la comunidad científica en la Argentina y de los antropólogos, en particular— de que a pesar de los cambios ocurridos no se ha podido estructurar todavía una red, un sistema de relaciones que implique un plan o proyecto integrado de investigación en el nivel nacional, emanado de esa misma comunidad, ya que en el desarrollo de la disciplina predominan el individualismo y los intereses grupales. Además, se acentúan las diferencias de posibilidades entre los centros instalados en la Capital Federal y los del interior. En ello influye tanto la ausencia de un proyecto de desarrollo del país —y, por ende, del sistema científico— por parte del Estado, que tenga en cuenta el papel de los científicos sociales, y, por la otra, la no generación por parte de éstos de propuestas alternativas que vayan más allá de las denuncias sobre arbitrariedades —por ejemplo, con respecto a discriminaciones en las evaluaciones en el CONICET ocurridas durante 1991— e insuficiencias, y que se replantee el para qué de nuestra labor, lo que implica, evidentemente, comenzar a construir —o reconstruir— un perfil de país deseable, frente al avance de un modelo renovado de dominación y dependencia que se expresa en la negación —o la subordinación— de las especificidades nacionales y étnicas —y, por ende, de las identidades— a una supuesta tendencia a la uniformidad y la interdependencia (“... del continentalismo al universalismo...”, Menem *dixit*) para insertarnos en un supuesto primer mundo donde sobra una parte importante de su población, incluyendo universitarios, investigadores y... antropólogos.

Si profundizamos el análisis de la cuestión, no podemos encontrar la explicación a esto sólo en las condiciones objetivas en que se está produciendo

do conocimiento, dejando de lado las orientaciones teóricas de ese conocimiento.

Una revisión de la reciente producción teórica y empírica va a indicarnos que existe un predominio de la dispersión temática sobre la coordinación, la valorización de los estudios reducidos a referentes empíricos pequeños por sobre la necesidad de formular afirmaciones de sentido general que se encuentran contenidas en esos estudios; de diversas variedades de comentarios teóricos donde se trabajan y se critican una o dos categorías o conceptos (“identidad”, “marginación”, etc.) sobre la reflexión profunda de a qué marco teórico corresponden. Salvo excepciones, como las obras críticas —independientemente de que estemos de acuerdo o no con su enfoque— de Carlos Reynoso, los planteos de Héctor Vázquez y algunas de las conclusiones efectuadas entre 1987 y 1988 en los talleres de discusión del Instituto Nacional de Antropología, en una parte importante de los trabajos se reproduce una actitud de asimilación (o “resignificación”) acrítica de algunos enfoques desarrollados en la antropología académica metropolitana —por ejemplo C. Geertz— o los “usos” y “reusos” de Gramsci, Agnes Heller, etc. No hay una preocupación centralizada en la fundamentación teórica y, sobre todo, en alguna que acentúe una estrategia de delimitación de los problemas fundamentales que enfrenta nuestra sociedad.

En este marco contradictorio, donde se generan espacios interesantes de trabajo multi e interdisciplinario con psicólogos, médicos, educadores, arquitectos, lingüistas, historiadores, filósofos, etc., se está en muchos desbrozando la idea de recuperar una visión totalizadora que fuera planteada en los sesenta y comienzos de los setenta quizá con algún exceso. Frente a la renovación de falsas oposiciones entre “métodos cualitativos” y “cuantitativos” o al juego de recursos sofisticados donde en nombre de la “autonomía relativa” se oculta —en función de lo “heterogéneo”, “estrategias adaptativas”, etc.— la totalidad, la subsunción y la contradicción, considero conveniente plantear algunos tópicos que pueden servir de hitos para el debate de una estrategia de problemas que deberían ser analizados o puestos de relieve en el quehacer próximo de la disciplina:

- El papel del científico social en la consolidación de la hegemonía o en la lucha para cambiarla.
- La relación entre discurso y práctica social en la construcción del sentido.
- La construcción social de la identidad, o de las identidades, lo que requiere un abordaje metodológico que vincule los enfoques sistémicos y dialécticos, que conjugue la labor de diversas disciplinas y quehaceres.

En este sentido, consideramos positiva la ruptura de moldes dogmáticos que han impedido la fructífera colaboración entre teoría política y ciencias sociales concretas.

- La reconstrucción histórica de las memorias de las luchas populares, en un medio donde se pretende sumir en un manto de niebla el pasado, prescribiendo el fin de la historia o privilegiando un aquí y ahora pragmático.

No se trata de homogeneizar teorías; creemos que lo que es insuficiente es el debate teórico. La falta de continuidad en la formación teórica clásica —y más en una disciplina como la nuestra, que desde la década del 60 atraviesa una profunda crisis de delimitación de objeto que no se contradice con los aportes teóricos y metodológicos que ha hecho— hace a la parcialidad de la crítica teórica en nuestro país.

En los últimos tiempos se observa un vuelco de una parte importante del trabajo a la cuestión de la identidad étnica, los procesos y las relaciones interétnicas, no reducidas sólo al problema indígena aunque predomina éste como campo principal. Esfuerzos como los de Héctor Vázquez y su equipo, Liliana Tamagno, Roberto Ringuelet, Beatriz Núñez Regueiro en colaboración con historiadores, Edgardo Cordeu, Alejandra Sigfredi, Hugo Trincherro, Ana María Gorosito y otros abarcan un sector que, por su carácter clásico, había sido un coto cerrado de las corrientes irracionalistas. Ello es muy saludable, porque uno de los factores de retraso del desarrollo de la antropología sociocultural en la Argentina fue la insuficiencia de una tradición etnográfica y etnográfica. La cuestión étnica adquiere importancia contemporánea fundamental frente a quienes, en función de la creciente interdependencia económica pretenden olvidar el fuerte desarrollo, a través de vías diversas, de la reafirmación de la autoconciencia étnica en el marco de los problemas contemporáneos.

También debiera superarse alguna tendencia de estudiar en forma aislada lo “popular”, lo “subalterno”, desconectado de las relaciones entre las clases y, específicamente, de la lucha de clases.

Se ha constatado en el último Congreso de Antropología Rural (Salta, 1989), la baja en la producción de trabajos en el área, como si la “ruralidad”, al decir de Jean Piel, tendiera a desaparecer, cuando la práctica contemporánea tiende a poner ello en duda. Lo que sí debe reflexionarse es acerca de lo que pasa con las tradicionales delimitaciones entre lo rural y lo urbano, la regionalización, etc., en relación con los nuevos procesos de inversiones en los países del Tercer Mundo, y en América Latina en particular.

Lo sintético de la ponencia excusa de analizar en forma intensa otras áreas.

Si la antropología tiene un futuro —y nosotros con ella— es una cuestión por resolverse en la práctica; y para ello debemos involucrarnos. Y aquí, como en todo lo que hace a construcciones que están más allá del contexto de la comunidad científica, pero que también la contienen, las posturas están inevitablemente cruzadas con lo ideológico.

Pretender un pronunciamiento colectivo, único de la comunidad antropológica argentina, es tan absurdo como pensar que no existen pluralidades. Lo importante es crear los climas y los medios para que se puedan explicitar las diversas posturas. Lo que sí debiera darse es un debate franco, por lo menos para identificar aquellos problemas prioritarios en nuestra sociedad a los que la disciplina debiera aportar. Ello debe incluir también la cuestión de la formación de recursos humanos, para encarar la contradicción entre el reconocimiento de la no existencia de una “antropología general” y el mantenimiento de esquemas de formación que hacen a ese modelo que contiene en forma abigarrada un conjunto de disciplinas.

El IIIer. Congreso de Antropología Social, brindará la oportunidad, de conocer, a través de la producción y los debates, el estado de la cuestión. En él, además de las comunicaciones científicas, se debatirán seguramente también las condiciones de la producción y de la formación, la denuncia de las restricciones presupuestarias y académicas, etc. Pero más saludable será debatir más allá de las restricciones, de las reivindicaciones insatisfechas, de los cambios que, en la época del Discover, nos hacen pasar del avión al micro y de éste a la bicicleta para, efectivamente, poder recrear la utopía. Para eso, hay que adquirir los instrumentos “los ojos del gato para poder ver bien de noche”.

NOTAS

¹ Hacen excepción a esta situación proyectos como el “Guaraní” que, a partir de una iniciativa de colegas venezolanos, ha incluido en su realización a investigadores de diversos países latinoamericanos, entre ellos el nuestro, o la realización en Buenos Aires del Simposio sobre Procesos de Articulación Social, organizado por CLACSO. También el trabajo de antropólogos argentinos del equipo de ECIRA, dirigidos por Alejandro Isla, en el Instituto Interdisciplinario Tilcara, dependiente de la UBA, y becarios del CONICET, tienen trabajos en Bolivia. Asimismo el Instituto In-

terdisciplinario, recientemente creado por Guillermo Madrazo en Salta, tiene relaciones con colegas del área andina.

² Eliseo Verón señala que, en 1959, dentro de la cátedra de Sociología Sistemática a cargo de Germani, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, se introduce en la carrera de Sociología la perspectiva de C. Lévi-Strauss. Ese mismo año, el Instituto de Sociología publica un *Cuaderno* dedicado a "Estructura Social" que contiene traducciones de dos artículos: uno clásico de Radcliffe Brown y otro del pensador francés, que había aparecido en el *Anthropology Today* (Kroeber, comp.) de 1953. Sin embargo, la difusión de las obras de este autor era resistida por los grupos más conservadores, especialmente en el Departamento de Ciencias Antropológicas. Como indica Verón, "...el racionalismo de Lévi-Strauss era rechazado en nombre de la perspectiva vitalista-existencialista basada, entre otras cosas, en el supuesto de la existencia de diferencias cualitativas radicales entre las culturas" (Verón 1974:104).

³ El Congreso se efectuó entre el 23 y el 27 de julio de 1991.

BIBLIOGRAFÍA

- Actualidad Antropológica, 1968. "Editorial: Antropología Social aquí y ahora", 2: 2-3, Olavarría, enero-julio.
- Alberti, Blas, 1974. Respuesta a entrevista en: *Participación, Revista del Centro de Movilización Cultural "Tupac Amaru"*, año 1 (1): 11-75, Buenos Aires, julio.
- Califano, Mario 1985. "Introducción" y "Etnopsiquiatría", en: Sociedad Científica Argentina (ed.) *Evolución de las ciencias en la República Argentina*, X: "Antropología": 7-8 y 211-218, Relator: Centro Argentino de Etnología Americana. Buenos Aires.
- Constanzó, María de las Mercedes, 1943. "Las investigaciones antropológicas y etnográficas en Argentina", *Acta Americana, Revista de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía*, I, (3): 331-334, México.
- Constanzó, María de las Mercedes, 1946. "La antropología y el problema de la población en la Argentina", *Acta Americana...*, IV (3): 154-160, México.
- Di Tella, Torcuato, 1980. "La sociología argentina en una perspectiva de 20 años", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 20, nº 79, págs. 299-328.
- Garbulsky, Edgardo, 1972. "Algunas ideas acerca del papel de la antropología en el proceso de cambio de la sociedad latinoamericana", *REHUE*, 4: 9-27, Instituto de Antropología de la Universidad de Concepción, Concepción, Chile.
- Imbelloni, José, 1947. "La formación racial argentina. Se reanuda la inmigración", en: Comisión Nacional de Cooperación Intelectual; *Argentina en Marcha*, 1: 223-308, Buenos Aires.
- González, Alberto Rex, 1968. "Discurso inaugural", XXXVII Congreso Internacional de Americanistas. *Actas y Memorias*, I, Buenos Aires.
- Meister, Albert; Susana Petruzzi y Elida Sonzogni, 1968. "Tradicionalismo y cambio social", Serie *Estudios de área del valle de Sta. María*, Public. 1, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, Rosario.
- Menéndez, Eduardo, 1968. "Correo Antropológico", *Actualidad Antropológica*, 3: 48-50, Olavarría.
- Primer Congreso Nacional de Estudiantes de Antropología, 1961. *Despacho de la Comisión del punto Nº 2: Formación de una organización nacional de estudiantes de antropología*, M. S.
- Ratier, Hugo, 1974. "Respuesta a entrevista", en *Participación...*, 1 (1): 15-19, Buenos Aires., julio.
- Verón, Eliseo 1974. "Acerca de la producción social del conocimiento: 'El estructuralismo' y la semiología en Argentina y Chile", *Lenguajes, revista de Lingüística y Semiología*, 1 (1): 96-126, Nueva Visión, Buenos Aires.

Lo sintético de la ponencia excusa de analizar en forma intensa otras áreas.

Si la antropología tiene un futuro —y nosotros con ella— es una cuestión por resolverse en la práctica; y para ello debemos involucrarnos. Y aquí, como en todo lo que hace a construcciones que están más allá del contexto de la comunidad científica, pero que también la contienen, las posturas están inevitablemente cruzadas con lo ideológico.

Pretender un pronunciamiento colectivo, único de la comunidad antropológica argentina, es tan absurdo como pensar que no existen pluralidades. Lo importante es crear los climas y los medios para que se puedan explicitar las diversas posturas. Lo que sí debiera darse es un debate franco, por lo menos para identificar aquellos problemas prioritarios en nuestra sociedad a los que la disciplina debiera aportar. Ello debe incluir también la cuestión de la formación de recursos humanos, para encarar la contradicción entre el reconocimiento de la no existencia de una “antropología general” y el mantenimiento de esquemas de formación que hacen a ese modelo que contiene en forma abigarrada un conjunto de disciplinas.

El IIIer. Congreso de Antropología Social, brindará la oportunidad, de conocer, a través de la producción y los debates, el estado de la cuestión. En él, además de las comunicaciones científicas, se debatirán seguramente también las condiciones de la producción y de la formación, la denuncia de las restricciones presupuestarias y académicas, etc. Pero más saludable será debatir más allá de las restricciones, de las reivindicaciones insatisfechas, de los cambios que, en la época del Discover, nos hacen pasar del avión al micro y de éste a la bicicleta para, efectivamente, poder recrear la utopía. Para eso, hay que adquirir los instrumentos “los ojos del gato para poder ver bien de noche”.

NOTAS

¹ Hacen excepción a esta situación proyectos como el “Guaraní” que, a partir de una iniciativa de colegas venezolanos, ha incluido en su realización a investigadores de diversos países latinoamericanos, entre ellos el nuestro, o la realización en Buenos Aires del Simposio sobre Procesos de Articulación Social, organizado por CLACSO. También el trabajo de antropólogos argentinos del equipo de ECIRA, dirigidos por Alejandro Isla, en el Instituto Interdisciplinario Tilcara, dependiente de la UBA, y becarios del CONICET, tienen trabajos en Bolivia. Asimismo el Instituto In-

terdisciplinario, recientemente creado por Guillermo Madrazo en Salta, tiene relaciones con colegas del área andina.

² Eliseo Verón señala que, en 1959, dentro de la cátedra de Sociología Sistemática a cargo de Germani, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, se introduce en la carrera de Sociología la perspectiva de C. Lévi-Strauss. Ese mismo año, el Instituto de Sociología publica un *Cuaderno* dedicado a "Estructura Social" que contiene traducciones de dos artículos: uno clásico de Radcliffe Brown y otro del pensador francés, que había aparecido en el *Anthropology Today* (Kroeber, comp.) de 1953. Sin embargo, la difusión de las obras de este autor era resistida por los grupos más conservadores, especialmente en el Departamento de Ciencias Antropológicas. Como indica Verón, "...el racionalismo de Lévi-Strauss era rechazado en nombre de la perspectiva vitalista-existencialista basada, entre otras cosas, en el supuesto de la existencia de diferencias cualitativas radicales entre las culturas" (Verón 1974:104).

³ El Congreso se efectuó entre el 23 y el 27 de julio de 1991.

BIBLIOGRAFÍA

- Actualidad Antropológica, 1968. "Editorial: Antropología Social aquí y ahora", 2: 2-3, Olavarría, enero-julio.
- Alberti, Blas, 1974. Respuesta a entrevista en: *Participación, Revista del Centro de Movilización Cultural "Tupac Amaru"*, año 1 (1): 11-75, Buenos Aires, julio.
- Califano, Mario 1985. "Introducción" y "Etnopsiquiatría", en: Sociedad Científica Argentina (ed.) *Evolución de las ciencias en la República Argentina*, X: "Antropología": 7-8 y 211-218, Relator: Centro Argentino de Etnología Americana. Buenos Aires.
- Constanzó, María de las Mercedes, 1943. "Las investigaciones antropológicas y etnográficas en Argentina", *Acta Americana, Revista de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía*, I, (3): 331-334, México.
- Constanzó, María de las Mercedes, 1946. "La antropología y el problema de la población en la Argentina", *Acta Americana...*, IV (3): 154-160, México.
- Di Tella, Torcuato, 1980. "La sociología argentina en una perspectiva de 20 años", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 20, nº 79, págs. 299-328.
- Garbulsky, Edgardo, 1972. "Algunas ideas acerca del papel de la antropología en el proceso de cambio de la sociedad latinoamericana", *REHUE*, 4: 9-27, Instituto de Antropología de la Universidad de Concepción, Concepción, Chile.
- Imbelloni, José, 1947. "La formación racial argentina. Se reanuda la inmigración", en: Comisión Nacional de Cooperación Intelectual; *Argentina en Marcha*, 1: 223-308, Buenos Aires.
- González, Alberto Rex, 1968. "Discurso inaugural", *XXXVII Congreso Internacional de Americanistas. Actas y Memorias*, I., Buenos Aires.
- Meister, Albert; Susana Petruzzi y Elida Sonzogni, 1968. "Tradicionalismo y cambio social", Serie *Estudios de área del valle de Sta. María*, Public. 1, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, Rosario.
- Menéndez, Eduardo, 1968. "Correo Antropológico", *Actualidad Antropológica*, 3: 48-50, Olavarría.
- Primer Congreso Nacional de Estudiantes de Antropología, 1961. *Despacho de la Comisión del punto Nº 2: Formación de una organización nacional de estudiantes de antropología*, M. S.
- Ratier, Hugo, 1974. "Respuesta a entrevista", en *Participación...*, 1 (1): 15-19, Buenos Aires., julio.
- Verón, Eliseo 1974. "Acerca de la producción social del conocimiento: 'El estructuralismo' y la semiología en Argentina y Chile", *Lenguajes, revista de Lingüística y Semiología*, 1 (1): 96-126, Nueva Visión, Buenos Aires.